

Iritzia

Behatokia

POR
José Ramón
Scheiffler



Del sentido de la vida

¿Tiene sentido dedicar unas líneas al sentido de la vida cuando hay miles, quizá millones, que luchan por vivir, por sobrevivir, por dar a su vida un toque humano, arriesgando incluso sus propias vidas en el intento?

P RIMUM vivere, postea philosophare, dice de antiguo la sentencia latina. Pero ni el mundo ni los seres humanos evolucionan al mismo ritmo y también de antiguo han coexistido filósofos y luchadores por vivir. Ante todo ¿tiene sentido la vida? La ciencia describe todo el proceso evolutivo de la vida, hasta la de la especie humana, pero no descubre sentido alguno. Sólo el filósofo o el creyente en un ser superior puede hablar de un designio que ha dirigido todo ese proceso con un fin. Pero el sentido de la vida de cada uno no está escrito en ninguna parte y cada uno, sin meternos en más disquisiciones, nos podemos preguntar ¿qué quiero hacer con mi vida?

Casi antes de empezar a pensar se nos presenta... ¿Qué sentido puede tener algo perdido de antemano? Si no el fin, la muerte es el final de la vida. ¿Se puede tomar en serio algo que acaba en la muerte? Sin embargo, muchos seres humanos han debido de tomarse muy en serio su vida para, en tan poquísimos años, cambiar el mundo y la vida humana desde el paleolítico y las cavernas hasta hoy.

Recientemente, ha llamado con agrado la atención que el Papa Francisco haya introducido en el debate sobre la crisis ecológica, como algo esencial, el compromiso con los más vulnerables y desfavorecidos de la tie-

rra. Hay algo muy importante en cada vida y todos somos responsables de nuestras acciones, en primer lugar ante nosotros mismos y los demás.

La verdad es que el tema se me ocurrió por algo tan sencillo como esto. Con pocos días de diferencia se presentaron en mi despacho, primero, independientemente, dos chicas del servicio de limpieza de esta Universidad de Deusto. Querían despedirse. Se jubilaban. Me alegré con ellas. Una llevaba 41 años trabajando; la otra, algo menos. Al despedirse, una exclamó: "Ahora, ¡a disfrutar!". La otra, como si le hubiera oído: "Ahora, ¡a descansar!". Me quedé pensativo sin esperar al umbral de la noche: "Y hasta ahora ¿qué?", me dije y me entró una tristeza... A los dos o tres días, otra del personal administrativo, lo mismo. Y al marcharse: "Desde ahora ¡a vivir mi vida!". "A sus 65 años, empezar a vivir su vida, a disfrutar, a descansar... Y yo llevo muchos más viviendo a tope la mía, disfrutando, ¡casi sin cansarme! ¡Qué vergüenza! No ¡qué privilegio!". No me tomo al pie de la letra esas expresiones. "Me las podían haber dicho al irse de vacaciones, o cada viernes por la tarde, o cada día en la atardecida. Están dichas al buen tuntún", me digo, pero no me convengo del todo. Algo tiene que ver con el trabajo. El trabajo de limpieza, ¡les entiendo! "No cansa / una vuelta sola. / Cansa el estar todo un día, / hora tras hora, / y día tras día un año / y año tras año una vida / dando vueltas a la noria" (León Felipe). El trabajo administrativo es muy distinto... ¿Es el trabajo un castigo? "Y al hombre le dijo: 'Por haber... de lo prohibido... maldito el suelo... espinas y abrojos... Con el sudor de tu frente...' ¿Es el trabajo castigo? ¿Que se lo pregunten a quienes no lo encuentran! ¡Porque puede fallar hasta la psique! 'Trabajo para vivir, pero no vivo para trabajar'. ¿Cambiaría algo, si en vez de preguntarme: ¿por qué o para qué trabajo?, me preguntara: ¿por quién trabajo? ¿Quién está detrás de mi trabajo?

Son muchos, muchísimos, los que trabajan no sólo por el sustento, sino para que sus hijos dispongan de unos medios que ellos no han tenido y les permitan acceder a trabajos más gratificantes. Elegir tu propio trabajo, un trabajo que te guste, para el que estás preparado; lo que crees que puedes y quieres hacer. Y no simplemente por ganar más, ni del todo por la satisfacción y el éxito, sino sobre todo por desarrollar lo que llevas dentro, por crecer y ser tú mismo.

Acabo de recibir la carta de una antigua alumna canaria: "Justo después de vernos en Bilbao, mi empresa me ha ofrecido un

ascenso. Voy a tener muchas personas a mi cargo y muchas más responsabilidades. Abandono mi puesto, que ya me resultaba cómodo, pues lo tenía bien controlado. Ahora me meto en un mundo mucho más complejo. Pero quiero hacerlo, quiero aprender y quiero probarme a mí misma, ver si soy capaz de crear un equipo de gente que trabaje a gusto y se sienta motivada. Además creo que así doy ejemplo a mis hijas –tres, la mayor de diez años– de que las mujeres podemos ocupar puestos de responsabilidad sin dejar de ser buenas madres –que es su mayor responsabilidad–. Empiezo en septiembre".

¿Qué profesor no se siente orgulloso con cartas como ésta: confirmado en su humilde puesto? Y no fui su profesor ni de derecho ni de economía; sólo de una clase libre de ¡teología! Hace ya más de veinte años, y ella no se acuerda, me preguntó: "¿Por qué la teología nos plantea actitudes tan vitales, personales y arriesgadas?". "No lo sé –le contesté–, la teología abarca a todo el ser y, si la aceptas, cogiéndote por los hombros te sacude y ¡de qué manera! Como antes, cuando no existían las aspiradoras y las criadas sacudían las alfombras desde los balcones".

¿Qué motiva a un profesor o maestro? Cuando George Steiner dice –o yo mismo– que pagaría por impartir clases ¿por qué lo dice? ¿Qué le interesa? ¿No es el ser humano? Cuando acaba su *Nostalgia del Absoluto* (Siruela, 2001), creyendo que "la verdad tiene futuro; que lo tenga el ser humano no es tan claro", no duda qué, de los dos, es más importante. El ser humano es lo importante, cada y cualquier ser humano. Y una cosa es transmitirle correctamente conocimientos ciertos o probables, dudosos... y otra, muy distinta, ayudarle a crecer, a liberarse, a hacerse cada vez más humano. Si no tuviera la

convicción de que algo de eso debo de saber hacer, hace muchísimos años habría renunciado a este trabajo gratificante que te permite recibir cartas de tus alumnos: "Querido amigo...", Mounier tiene razón: "Sólo tenemos lo que damos". De la amistad escribí algo hace poco. Mi definición del ser humano –mía o quizá plagio inconsciente– es: "ser incompleto necesitado de amar y ser querido". Después del trabajo, la amistad y el amor tienen que ver con el sentido de la vida a juzgar por el cambio que introducen en la vida de las personas.

"Lo esencial es invisible a los ojos", dice el zorro al Principito, "sólo se ve bien con el corazón". Y Ernst Jünger: "Lo que en lo más íntimo de nosotros nos ocupa, eso es algo que se sustrae a la comunicación y aun casi a nuestra percepción". Pero todo es distinto para el enamorado y el que ha encontrado el tesoro de un amigo.

Es en el amor y en la amistad donde más descubrimos nuestra riqueza y nuestra independencia. Y si es verdad mi más corto poema –"No hay / desierto mayor / que el de un corazón / desierto"– también lo es que demasiadas veces ni siquiera la poesía sueña, ni se entiende ni se vive ni se espera la sorpresa de una aurora nueva, porque existe también esa otra realidad envidiosa, ruda y sombría del sufrimiento y dolor... y de la muerte, cuando sólo con las alas prestadas a la fe podemos superar las noches de tristezas muertas.

Dijo Nietzsche en algún sitio olvidado: "Quien tiene un porqué para vivir puede superar casi cualquier cómo". Pero casi. Ya lo he dicho. Y me niego a dedicar una palabra más al sufrimiento físico y moral de los inocentes y de los ¿culpables? Al de los niños hambrientos, al de las madres que los echan a contenedores de basura, a la muerte de ese niño fugitivo ahogado. Me niego a decir una palabra al sinsentido de la muerte, cuando sólo se morían los demás y ahora que la muerte lleva tiempo siendo la mía. Son demasiadas tragedias y misterios para mi pobre inteligencia. ¿Es la muerte el final o la última pregunta?

Sin embargo, "Sabemos que no hay tierra / ni estrella prometidas. / Lo sabemos, Señor; lo sabemos / y seguimos contigo trabajando. / Sabemos que mil veces en la tierra / alzaremos de nuevo / nuestro viejo tinglado. / Sabemos que no tendremos / ni ración ni salario... / Lo sabemos, Señor; lo sabemos / y seguimos contigo trabajando. / Y tú sabes, Señor, que lo sabemos" (León Felipe).

Me niego a dedicar una palabra más al sufrimiento físico y moral de los inocentes y de los ¿culpables? Al de los niños hambrientos, a la muerte de ese niño fugitivo ahogado...

* Profesor emérito de la Universidad de Deusto